LITURGIA DOMINICAL

«EL PUBLICANO BAJÓ A SU CASA JUSTIFICADO, Y EL FARISEO NO»

Mons. José Manuel del Río Carrasco
(Diario de León, 23-X-2022)

Jesús quiere mostrarnos hoy las cualidades de la verdadera oración. Y, para que lo entendamos mejor, nos propone una parábola. La pronunció, precisamente, pensando en aquellos que, teniéndose por justos, se sentían seguros de sí mismos y despreciaban a los demás. Y, así, nos puso en comparación a dos hombres que subieron al templo a orar: uno era fariseo y el otro publicano. Jesús quiere dirigir nuestra atención hacia estos dos personajes que van a rezar; quiere que observemos las actitudes con las que cada uno se pone ante Dios; quiere que escuchemos cómo ora cada uno, para hacernos comprender así la reacción de Dios.

Tanto el fariseo como el publicano rezan de pie, que es la postura normal de la oración. El fariseo da gracias a Dios: una de las formas más bellas con que el hombre puede dirigirse a su Padre y Creador. Pero el fariseo la ha escogido porque él se cree tan bueno, que no puede hacer otra oración: no tiene que pedir perdón a Dios por nada, ni tiene que suplicarle ningún don que le falte. Y así, más que alegrarse de cómo es Dios, se goza sólo de cómo es él; más que agradecerle todo lo que le debe, se chulea de su condición.

El publicano, en cambio, se quedó atrás y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; solo se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios!, ten compasión de este pecador”. Este sí. Este había sido capaz de ponerse ante Dios con toda sinceridad. No había ido al templo para lucirse; ni para sentirse, una vez más, mejor que los que no van. Solo iba con su verdad más radical: aquello que él era ante el que nos conoce a fondo y por dentro; aquello que él era ante el que no valen ya ni los disimulos ni las apariencias; sencillamente, aquello que él era a la luz de Dios.

Y nos asegura el Señor que este publicano bajó a su casa justificado y el fariseo no. Es decir, que Dios volvió a situar al publicano en una buena relación con Él; mientras que el fariseo siguió en su pecado. La razón definitiva de esta reacción de Dios nos la proclama así Jesús: “Porque todo el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”.